

DP 66

L3

v. 10



## HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

—•••••—

### PARTE SEGUNDA.

EDAD MEDIA.

LIBRO IV.

### CAPITULO XI.

GUERRA DE NAPOLES.

EL GRAN CAPITAN.

De 1493 á 1498.

Situación política de Italia, Roma, Nápoles, Milan, Venecia y Florencia.—Planes de Carlos VIII. de Francia sobre Nápoles.—Origen de la guerra.—Invasión de franceses en Italia.—Se apoderan de la capital y reino de Nápoles.—Consternación en los estados y príncipes italianos.—Reclaman el auxilio del rey de España.—Opónese éste al francés.—Envía á Gonzalo de Córdoba á Sicilia.—Halagos del papa al monarca español.—Gran confederación de príncipes promovida por Fernando: *La liga santa*.—Ejército de la Liga.—Campanas y triunfos de Gonzalo de Córdoba en Calabria.—Recobra Fernando II.

de Nápoles su trono.—Es espulsado ignominiosamente Carlos VIII.—Guerra en Nápoles.—El duque de Montpensier.—Célebre sitio de Atella.—Acude Gonzalo de Córdoba llamado por el rey de Nápoles.—Dánle por aclamacion el dictado de *Gran Capitan*.—Triunfa el Gran Capitan en Atella.—Desgraciado fin de Montpensier y de sus franceses.—Estragada vida y vergonzosa conducta de Carlos VIII. en Francia.—Amago de guerra por Rosellon.—Acaba el Gran Capitan de someter la Calabria.—Muerte de Fernando II. de Nápoles.—Sucédele su tío don Fadrique.—Guerra en Rosellon.—Tregua entre franceses y españoles.—Da el papa á los reyes de España el dictado de *Reyes Católicos*.—El Gran Capitan recobra para el papa la plaza de Ostia.—Conferencia entre el papa Alejandro y Gonzalo de Córdoba.—Severas reconvenções que el Gran Capitan hizo al pontífice.—Vuelve Gonzalo á Nápoles.—Recibe el título de duque de Santángelo.—Hace oficios de pacificador en Sicilia.—Regresa á Nápoles, y acaba de espulsar los franceses.—Negociaciones de paz entre España y Francia.—Muerte de Carlos VIII.—Sucédele en el trono francés Luis XII.—Firmase la paz.—Fin de la primera campaña de Gonzalo de Córdoba en Italia.—Vuelve á España.—Entusiasmo con que fué recibido.

Asegurada Isabel en el trono de Castilla, restablecido el orden en el Estado, organizada la administracion, terminada la lucha de ocho siglos con la conquista de Granada, descubierto un nuevo mundo y enriquecida la corona castellana con inmensas posesiones del otro lado de los mares, faltábales á los españoles, mal hallados con el reposo de una inaccion desusada, hallar un campo en el mundo antiguo en que ejercitar su ardor bélico, y necesitaban acreditar ante las naciones europeas que eran dignos vencedores de los pendones del Islam. Conveniale ademas á Fernando mostrar al mundo que si España despues de aciagas do-

minaciones tenia la fortuna de poseer la mejor de las reinas y la mas hábil de las gobernantes para todo lo perteneciente al gobierno interior de un reino, tambien se sentaba en el trono aragonés un génio que no reconocia superior en cuanto á saber dirigir y manejar las relaciones exteriores de un estado.

Uno y otro les deparó la Providencia en los bellos campos de la culta Italia, donde habian de recoger los españoles larga cosecha de glorias militares, y lo que es mas apreciable y útil para la humanidad, de donde habian de traer una cultura y una civilizacion, la cultura y la civilizacion de las bellas letras y de las artes liberales. Diremos los precedentes que prepararon y las causas que produjeron aquella famosa guerra.

Hallábase la Italia dividida en pequeños estados, de los cuales eran los principales las repúblicas de Venecia y de Florencia, los Estados pontificios, el reino de Nápoles y el ducado de Milan. Venecia, la reina del Adriático, era la mas antigua, poderosa y respetable de las repúblicas de la edad media: Florencia se habia hecho el refugio de los amigos de la libertad: ocupaba la silla pontificia Alejandro VI., cuyas costumbres eran criticadas entonces por todos y han sido censuradas unánimemente despues con grave detrimento de la Iglesia, y cuya eleccion, aunque español de nacimiento, habia desagradado á Fernando é Isabel: dominaba, ó mas bien tiranizaba el Milanesado Luis ó Ludovico Sforza, llamado el Moro, á nom-

bre de su sobrino Juan Galeazo, como inhábil para el gobierno: y regia el cetro de Nápoles Fernando I., hijo natural del grande Alfonso V. de Aragon, tio de Fernando el Católico, el cual por su carácter despótico, adusto y feroz era aborrecido de los napolitanos.

Temiendo el regente de Milan Luis Sforza que el rey de Nápoles y la república de Florencia tramáran algo contra su poder y en favor de su nieto el legítimo duque de Milan, escitó á Carlos VIII. de Francia á que renovára las antiguas pretensiones de la casa de Anjou al reino de Nápoles, ofreciendo ayudarle en la empresa y pintándole como cosa fácil lanzar del trono napolitano la dinastía aragonesa que le ocupaba hacia mas de medio siglo <sup>(1)</sup>. Con gusto, y hasta con ávidez acogió tan halagüeña escitacion el jóven monarca francés, que, lleno de caballerescas ilusiones, alentado en sus ensueños de gloria militar por aduladores cortesanos tan ligeros como él, y creyéndose llamado á acabar grandes y arriesgadas empresas, veia abierta una carrera de conquistas, que habia de conducirle hasta la toma de Constantinopla y hasta hacerse señor del imperio de los turcos <sup>(2)</sup>. Para prepararse á la

(1) En el libro anterior, capítulo 28, dejamos largamente esplicados los derechos con que Alfonso V. de Aragon ciñó la corona de Nápoles, y como la heredó su hijo natural Fernando I.

(2) He aqui el retrato físico y moral que los historiadores italianos y españoles hacen del rey Carlos VIII. de Francia. «Era Carlos,

dice Guicciardini, para mayor empacho nuestro, como favorecido de bienes de fortuna, privado de los de naturaleza, y de ánimo y complexion enfermiza, de pequeña estatura, de feísimo rostro, aunque con ojos vivos y graves, y de tan imperfecta simetria de miembros, que parecia monstruo mas que hombre. Ignoraba, no solo las bue-

realizacion de tan lisonjero proyecto, en guerra como estaba con Alemania y con Inglaterra, y pendientes graves disensiones con los reyes de España, procuró allanar todos los obstáculos, no habiendo concesion ni sacrificio que no hiciera á fin de quedar desembarazado y en paz con estas grandes potencias. Al efecto devolvió al emperador Maximiliano el Franco-Condado y el Artois, compró la paz con Inglaterra sometiéndose á pagar á Enrique VII. 620,000 escudos de oro, y para arreglar sus diferencias con España y no ser perturbado en sus empresas cedió á Fernando II. de Aragon los condados de Rosellon y Cerdaña, asunto de largas negociaciones desde el tiempo de su padre, y objeto principal de la política de Fernando. Este tratado se ajustó en Barcelona, y fué firmado por ambos soberanos en un mismo dia (19 de enero, 1493). «Asi empezaba, dice un crítico erudito, cediendo lo que no podia perder, para adquirir lo que no podia conservar, y segun la espresion de un historiador, se ima-

nas artes, pero aun casi los materiales caracteres, rudo, imprudente, ambicioso, pródigo, obstinado y remiso.» Historia de Italia, Traducción de don Oton Edilo Nato de Betissana, lib. I.

«Tan indiferentemente usaba, dice Zurita, y con la misma publicidad que en las obras buenas y virtuosas de las torpes y deshonoras: de manera que no era menos desigual y disforme en las condiciones y costumbres que en la disposicion y compostura del cuerpo,

y en las facciones del rostro, en que era á maravilla mal tallado y feo.» Hist. del rey don Hernando, lib. I., c. 32.

Los historiadores franceses confiesan que era ignorante é insulso, y que su padre se habia limitado á hacerle aprender de memoria estas palabras latinas: *quinescit disimulare, nescit regnare*: quien no sabe disimular no sabe reinar: añadiendo algunos que «ni sabia nada, ni podia aprender nada.»

ginaba el insensato *llegar á la gloria por la senda del oprobio.*»

Con esto quedó resuelta la expedición á Italia para el año siguiente. Alarmaron sus preparativos á todos los estados italianos. Pusiéronse unos en favor y otros en contra del francés. El anciano Fernando I. de Nápoles, á quien éste intentaba derrocar, falleció en principios de 1494, y le sucedió su hijo Alfonso II., príncipe mas animoso que su padre, pero menos político que él y no menos odiado por su crueldad. El papa, antes enemigo suyo, y Pedro de Médicis, gefe de la república de Florencia, favorecían su causa; Venecia se mantenía indecisa y á la mira esperando sacar partido de las disensiones de otros: á las potencias europeas no les pesaba ver al francés empeñado en una empresa temeraria: pero Fernando de Aragon, que no podía mirar con indiferencia y sin inquietud que se tratara de despojar á una rama de su familia de un trono que poseía por legítimos títulos, confirmados por siete pontífices, ni consentir á la vecindad de sus estados de Sicilia á un soberano rival y poderoso, envió de embajador á Roma á Garcilaso de la Vega, caballero de tanta discreción como valor, para alentar al papa Alejandro á que persistiera unido á Alfonso de Nápoles, ofreciéndole su protección y ayuda si alguno intentara dañarle ó inquietarle en su persona ó estados. Quería el papa que este ofrecimiento se le confirmase por escrito, pero Fernando era sobrado sagaz

para no comprometerse de aquella manera y tan pronto con el de Francia, así como había tenido la política de no acceder á las escitaciones que le hacían los barones napolitanos, descontentos de su rey, para que tomara sobre sí la empresa de Nápoles y agregara aquel reino, como en otro tiempo lo estuvo, á la corona de Aragon; porque su sistema era seguir todavía aparentando que estaba en buena concordia con el francés.

Así fué que lejos de sospechar éste los designios de Fernando, tuvo la candidez de enviarle un embajador, como dice el historiador aragonés, «con una bien graciosa requesta.» Decíale que pensaba emprender la guerra contra los turcos (era el pretexto con que intentaba disfrazar también sus proyectos al papa, solicitando su ayuda); añadiendo, como si se tratase de cosas de poca monta, que de paso quería tomar el reino de Nápoles, para lo cual esperaba que, con arreglo al tratado de Barcelona, le ayudara el aragonés con gente y dinero, y le abriera sus puertos de Sicilia. Parecióle á Fernando buena ocasión aquella para empezar á declarar al insensato sucesor del político Luis XI. lo que de él podía prometerse, á cuyo efecto envió á su corte el diestro negociador don Alonso de Silva, hermano del conde de Cifuentes. Este hábil político comenzó á esponer con mucha cortesanía á Carlos de Francia en nombre del soberano español, que si se limitara á guerrear contra los infieles, nada habría mas digno de alabanza

ni mas útil á la cristiandad, y que por lo tanto el rey su amo le ayudaria con mucho gusto y contentamiento en tan digna empresa. Pero en cuanto á lo de Nápoles, viera bien lo que hacia, pues primero era saber á quién pertenecia de derecho aquel reino, para lo cual el rey su señor se someteria gustoso á una declaracion de jueces imparciales y competentes: que ademas tuviese presente que Nápoles era feudo de la Iglesia, y como tal estaba esceptuado por el tratado de Barcelona, y obligado el rey á su defensa como protector de la silla apostólica sobre todas las alianzas pactadas en aquel asiento. Desconcertó al monarca francés esta respuesta; contestó al enviado español el presidente del parlamento; Silva insistió, y las contestaciones se fueron agriando. «Si el rey de Portugal (le preguntó un dia airado el monarca francés) estuviese en guerra con los de Castilla, y los navíos castellanos arribasen á mis puertos, ¿cumpliria yo como amigo y hermano suyo, si no les diese recaudo de las cosas necesarias?—Si Portugal moviese guerra á Castilla, contestó discreta y serenamente el embajador, los reyes mis señores llamarian al de Francia si les convenia, y él estaria obligado á acudirles en la necesidad: pero si voluntariamente ellos moviesen guerra á Portugal, lo que el francés quisiese hacer por su gentileza se lo tendrian en merced, mas por los capítulos del tratado no le tendrian por obligado á ello.»

Prolongóse el debate, y se cruzaron ásperas demandas y respuestas, de modo que irritado el rey Carlos, asi con el objeto de la embajada como con la entereza del embajador, hizo á éste todo género de desaires, tratábale como á enviado y agente de un rey enemigo, púsole centinelas para que no se comunicára con nadie, y aun llegó el caso de mandarle salir de su córte. Todo lo sufrió don Alonso de Silva, haciéndose el paciente, porque asi convenia al servicio del rey; y en cambio de sus disgustos gozábale en ver al de Francia declamar furiosamente contra la que él llamaba perfidia del rey Fernando, diciendo que le habia burlado introduciendo maliciosamente en el concierto la cláusula relativa al papa y á los derechos de la Iglesia.

No bastó sin embargo la actitud imponente del rey de España para hacer desistir de sus planes al francés, el cual desoyendo los consejos y reflexiones de los hombres prudentes, y escuchando solo á aduladores cortesanos que fomentaban sus caballerescos impulsos, terminado que hubo sus preparativos movió su ejército (agosto, 1494), compuesto de 3,600 hombres de armas, 20,000 franceses de infantería y 8,000 suizos (1), y cruzando los Alpes, pisó el territorio italiano, cuyos príncipes estaban ya envueltos entre sí en guerra aun antes que los franceses la comenzasen. Aunque para resistirles habia enviado

(1) Sismondi, *Repub. Ital.* t. XII. p. 132.

Alfonso II. de Nápoles una armada al mando del infante don Fadrique su hermano, y un ejército de tierra capitaneado por el valeroso duque de Calabria su hijo primogénito, aquella y éste hubieron de ceder á la disciplina y superioridad de las naves y de las armas francesas, y las tropas de Carlos VIII. avanzaban victoriosas. La alarma de los estados y príncipes italianos creció con la muerte repentina del verdadero y legítimo duque de Milan, el inocente é inofensivo Juan Galeazo, que segun la opinion y voz universal murió envenenado por su mismo tío, Ludovico Sforza, que sin escrúpulo se hizo reconocer duque de Milan. Los franceses entretanto se internaban en Toscana y amenazaban á Roma, declarándose por ellos muchos súbditos y muchos pueblos de Florencia, de los Estados pontificios y del reino mismo de Nápoles, disgustados de sus propios soberanos y príncipes, siendo recibido el monarca francés como un libertador, poniéndose en las puertas de los castillos el escudo real de Francia con la flor de lis, y titulándose Carlos rey de Jerusalem y de las Dos Sicilias. Venecia no se declaraba: Alfonso de Nápoles se hallaba en la mayor turbacion y apuro, y el papa, requerido por el francés para que le franquease las puertas de Roma, vacilaba entre dar el escándalo de abandonar la ciudad santa, y el temor de resistir en ella á tan poderoso y osado enemigo.

En tal situacion todas las miradas se dirigian, y

todas las esperanzas se cifraban en Fernando de Aragon. El de Nápoles reclamaba su socorro á nombre de los lazos de familia y de dinastía, y á nombre de la misma reina, que era hermana del aragonés, haciéndole grandes ofrecimientos, y añadiendo que confiaba en los títulos de deudo y de amigo que no le habria de desamparar, ni permitir que aquel reino que por tantos conceptos pertenecia á la casa de Aragon fuese presa de franceses. El papa Alejandro le reclamaba á su vez con instancia la proteccion que le habia ofrecido, y para tenerle mas propicio y granjearse mas su voluntad otorgábale todo género de gracias y de mercedes. En virtud del supremo poder que entonces se atribuian los pontífices en la tierra sobre lo temporal le concedió la conquista de Africa, dándole la investidura y posesion perpétua de aquellos reinos de infieles, escepto lo de Fez y Guinea, que por concesion apostólica poseian ya los portugueses. En el mismo dia (13 de febrero, 1494) dió tambien á los reyes de Castilla perpétuamente para sí y sus sucesores cierta porcion de los diezmos de Castilla, Leon, y Granada, que con el nombre de tercias reales han sido hasta nuestros dias una parte esencial de las rentas de la corona <sup>(1)</sup>.

(1) Aunque se llamaron *tercias*, sin duda porque lo que solia darse á las fábricas era la tercera parte de los diezmos, lo que se concedió por la bula de Alejandro VI. á los reyes fueron dos partes de nueve de los frutos que se diezmaron, y que en la ley recopilada se llama *dos novenos*. Concesiones de esta especie se habian hecho ya á los reyes San Fernando, don Alfonso el Sabio,

Satisfecho don Fernando de Aragon de la libertad del pontífice, reiterábale las seguridades de que no faltaria á proteger su persona y estados, y alentábale á resistir en Roma la entrada de la gente francesa, y á no acceder á las pretensiones del rey Cárlos. No tan satisfecho y contento con las ofertas que le hacia Alfonso de Nápoles, y teniéndolas por escasa recompensa de su proteccion, exigiale, además del matrimonio del duque de Calabria con su hija María, la cesion de una parte de su reino, con las fortalezas de Nápoles y de Gaeta, para su seguridad y la de su reino de Sicilia, con lo cual se obligaba á tomar á su cargo la defensa de Nápoles y la guerra contra los franceses. Aunque faltáran á Alfonso II. otras prendas, no le faltó en esta ocasion dignidad y pundonor, y antes que comprar un socorro con tan humillantes condiciones, conociendo por otra parte que desamparado de los suyos no le era posible resistir al poder de el de Francia, prefirió tomar el partido de retirarse á Sicilia, despues de haber renunciado la corona en su hijo el duque de Calabria, que tomó el nombre de Fernando II.

Cuando esto acontecia, ya don Fernando de Aragon y de Castilla, que aun sin escitaciones ni remuneraciones de ningun género estaba sin duda en áni-

don Fernando IV. el Emplazado y don Alfonso XI., pero habian sido parciales y temporales, mientras esta que se hizo á los Reyes Cató-

licos fué general y perpétua.—Salazar de Mendoza, Monarquía de España, tom. I. lib. 3, c. 44.

mo de no consentir que poseyera á Nápoles el francés, por lo que interesaba á la seguridad de sus estados de Sicilia, habia apercebido las gentes de sus reinos, aparejado una armada en Alicante para enviarla á las costas sicilianas, nombrado general de ellas á Galceran de Requesens, y dado el mando de las tropas de desembarco á Gonzalo Fernandez de Córdoba, conocido despues con el renombre de el Gran Capitan. Para dar mas reputacion á la empresa tenia determinado que fuese con mas gente un grande de Castilla, que lo era el duque de Alba, don Fadrique de Toledo; mientras por otro lado acercaba tropas al Rosellon para obrar por aquella parte segun conviniese. Pero antes de llegar á un rompimiento abierto con el francés, quiso todavía, como buen político, guardarle cierta consideracion, á cuyo efecto le envió los embajadores Juan de Albion y Antonio de Fonseca con letras de Isabel y de Fernando exhortándole á que depusiese las armas y desistiese de la empresa de Nápoles. Espusieronle los embajadores las quejas de sus reyes, la injusticia de aquella guerra, la ofensa que hacia á la silla apostólica, y el escándalo que daba á la cristiandad; que si queria concertarse con el papa, ellos servirian gustosamente de medianeros; si dirigia sus armas contra los infieles, España le ayudaria en tan santa obra, pero que si insistia en la empresa de apoderarse de Nápoles, los monarcas españoles se tendrian por libres y quitos de todo com-

promiso y alianza con él. Después de muchas contestaciones y debates, respondió soberbiamente que estaba ya demasiado adelante para que pudiera pensar en retroceder, y que el punto de derecho al trono de Nápoles se ventilaría después que hubiera tomado posesión de aquel reino. Entonces Antonio de Fonseca repuso con energía y dignidad: «*pues que así lo queréis, en manos de Dios ponemos nuestra causa, y las armas lo decidirán.*» Y sacando el papel que contenía el tratado original de Barcelona, le rasgó é hizo pedazos á presencia del rey y de su consejo <sup>(1)</sup>.

Verdad era que el francés había avanzado ya demasiado, tanto que había hecho ya su entrada en la capital del orbe católico (31 de diciembre, 1491.) El papa Alejandro VI., sin fiarse en el juramento que antes había hecho Carlos de no hacer daño en la persona y estado y en la preeminencia y dignidad del pontífice, habíase refugiado al palacio de San Pedro, y después al castillo de Santángelo. Mas como viese que el pueblo de Roma había recibido y celebrado con alborozo la entrada de los franceses, por odio á su per-

(1) Paolo Giovio, Hist. sui temporis, lib. II.—Pedro Mártir, Opus Epist. 144.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 138.—Oviedo, Quincuagenas, bat. 4 quinc. 3.—Zurita, Historia del rey don Hernando, lib. I. c. 43. El cronista aragonés refiere con mas estension que otro alguno todo lo que en estas negociaciones y en estas guerras hace referencia á los reyes de España; así como lo perteneciente á las re-

laciones, alianzas, desavenencias y tratados entre las repúblicas, príncipes y potentados de Italia con motivo de la invasion francesa lo tratan latamente Sismondi en sus *Repúblicas italianas* y Guicciardini en su *Istoria d'Italia*: lo relativo á las operaciones de los franceses se halla estensamente relacionado en las *Memorias* de Felipe de Comines.

sona <sup>(1)</sup>, y se encontrase sin el socorro que esperaba de España, tuvo la debilidad de pactar con el francés, poniendo á su disposición el castillo de Civitavecchia mientras durase la empresa de Nápoles, facultándole para entrar en cualquier otra fortaleza de sus dominios á escepcion del castillo de Santángelo, y obligándose Carlos á restituir á la Iglesia la plaza de Ostia, que se le había entregado, cuando terminara la conquista. Con esto hizo el francés la ceremonia de prestarle obe-

(1) El pueblo romano aborrecia al papa Alejandro por sus malas costumbres. Por desgracia todos los escritores de todas las naciones retratan con una triste uniformidad los vicios y las flaquezas de este pontífice, lo cual es mas sensible para un español, por la circunstancia de haber sido él español tambien.

Rodrigo Lenziolo Borgia (que este era su primitivo nombre), hijo de Jofre Lenziolo y de Isabel Borgia, hermana del papa Calixto III., nació en Valencia de España en 1431, fué hecho obispo de la misma ciudad por su tío, que le dió sus armas y su nombre, creado diácono-cardenal en setiembre de 1456, y sucedió á Inocencio VIII. en la silla de San Pedro en 1492. «Estaba, dicen los graves autores del Arte de verificar las fechas, muy desacreditado por sus costumbres. Los historiadores de la época hablan de su querida Vannozia, de quien tuvo tres hijos, Juan, César y Jofre, y una hija llamada Lucrecia.» «Los mas de los historiadores, dice nuestro Ortiz y Sanz en nota al lib. XXVIII. c. 14 de Mariana, afean en Alejandro VI. el desordenado amor á sus hijos, deseo de engrandecerlos y

deferencia á los desmedidos pensamientos de estos, especialmente de César (hombre cruel y sanguinario, cortado á la medida de los mas célebres tiranos), y de Lucrecia, para aumento de los cuales no hubo cosa que no hiciese ó imaginase.»

«Este mónstruo (dice Artaud de Montor en su Historia de los soberanos pontífices, hablando de César Borgia), nacido en España, educado en Italia, titulado en Francia, no pertenecía ni á España, ni á Francia, ni á Italia, los tres pueblos le han repudiado. Este miserable sin patria... y puede decirse sin padre, puesto que no podia nombrar el suyo... etc.» Pues bien, á este César Borgia le hizo su padre obispo de Pamplona, después de Valencia, mitra que él erigió en arzobispal, y por último en una promoción le dió la púrpura cardenalicia.»

Novaes, el escritor que mastrata de atenuar, ya que no puede desmentir los vicios atribuidos á Alejandro VI., se explica así: «Su conducta fué mas digna de reprehension que de alabanza. Su vida mas bien la de un émulo del conquistador Alejandro, cuyo nombre tomó Borgia por orgullo, que

diencia y besarle el pié en publico consistorio; hecho lo cual, salió de Roma (28 de enero, 1495) en direccion de Nápoles, y entonces fué cuando recibió en Veletri á los embajadores españoles.

No hace á nuestro propósito seguir al rey y al ejército francés en su rápida marcha y breve campaña. Bástenos decir que en menos de quince dias, casi sin combatir, se apoderaron de todo el reino, y que el 22 de febrero de 1495 hizo el rey Carlos VIII. de Francia su entrada triunfante en Nápoles, siendo recibido con grandes demostraciones de alegría por todo el pueblo, como si hiciera mucho tiempo que no veian

de un vicario del Buen Pastor, solo modelo que este papa debió proponerse imitar. Algunas cualidades naturales, asi como otras virtudes mas aparentes que verdaderas, no eran bastantes á hacer olvidar los vicios que han afeado en Alejandro todos los autores, incluso los analistas sagrados, que le acusan de avaricia y crueldad; que le acusan de haber obtenido el pontificado por dones y promesas; que le acusan de costumbres disolutas; que le han convencido de haber hecho reconocer en su pontificado cuatro hijos y una hija, todos fruto de un adulterio no interrumpido con Vannozia, famosa cortesana, muger de Dominico Arignani, uno de los grandes de Roma.—«Podria yo, dice á esto Artaud de Montor, contradecir la historia, cuando tales pasages se leen en un libro impreso y aprobado en Roma?»

De intento nosotros no hemos querido citar ninguno de los historiadores de quienes se pudiera

creer que tenian ó enemiga ó prevencion contra este pontifice, y hemos elegido á los que se muestran con él mas indulgentes ó menos severos. En nuestro dolor de que la Iglesia tuviera la desgracia de estar representada en aquel tiempo por un pontifice, y pontifice español, de tan poco recomendables costumbres, repetimos como católicos la juiciosa observacion de Feller, y la adoptamos como nuestra, cuando dice: «Los protestantes han echado muchas veces en cara á los católicos los vicios de Alejandro VI., como si la depravacion de un pontifice pudiera recaer sobre una religion santa; como si el cristianismo, por ser la obra de Dios, hubiera de aniquilar en sus ministros los gérmenes de las pasiones humanas. No fué la tiara la que hizo á Alejandro VI. vicioso, sino su carácter. Hubiera sido lo mismo en cualquier puesto que hubiera ocupado en el mundo.»

á su rey, cuando en un solo año habian conocido y perdido tres reyes <sup>(1)</sup>, «que es, dice un juicioso historiador, la cosa mas nueva y de considerar que se puede notar.» Hizose Carlos coronar, revestido con los ornamentos imperiales, que no habian sido concedidos á Carlos I., hermano de San Luis. Veia pues realizada una parte de los ensueños que le habian halagado en París, y «con una mano amenazaba á Sicilia, y con otra al imperio de Oriente.»

La rapidez de esta conquista, hecha casi en el tiempo que necesitaria un viajero para recorrer el pais, dependió de muchas causas. Los estados italianos, desde que perdieron con la muerte de Lorenzo de Médicis el equilibrio que este gran político habia sabido establecer y conservar, se hallaban desunidos entre sí y desorganizados. Los cuatro adversarios de Carlos, Fernando y Alfonso en Nápoles, Pedro de Médicis en Florencia, y Alejandro VI. en Roma, eran príncipes mal queridos de la mayor y mas principal parte de sus pueblos, que ó deseaban sacudir su dominacion ó no sentian perderla. Asi que muchas plazas y ciudades florentinas, pontificias y napolitanas, se daban y abrian espontáneamente á los franceses, y Carlos VIII. fué bien recibido por el pueblo en Florencia, en Roma y en Nápoles. En este último reino habia todavía un partido angevino respetable, dispuesto á admitir y proclamar un príncipe de la antigua dinas-

(1) Fernando I., Alfonso II. y Fernando II.